

Gumersindo comía mucho, tanto que un día explotó. Sus tripas salieron disparadas en todas direcciones y en su enorme barriga quedó abierto un amplio agujero. Por algún motivo, en este agujero había un portal a otra dimensión, una dimensión mágica, y la albóndiga que Gumersindo se había comido justo antes de que su estómago entrara en erupción se vio impregnada de diabólicas energías provenientes de aquel lugar más allá de nuestro entendimiento, transformándose así en una albóndiga gigante asesina.

La albóndiga intentó asesinar a Gumersindo, que seguía vivo debido a las poderosas fuerzas que se arremolinaban en su boquete estomacal. Sin embargo, Gumersindo había quedado vacío por dentro, y de repente tenía más hambre que nunca, así que se abalanzó sobre la albóndiga, mordiendo y arañando, y la devoró rápidamente mientras se rebozaba frenético en su propia sangre, que empapaba los pedazos de albóndiga arrancados y sus propias tripas caídas las cuales se zampaba también sin distinción.

Todo lo que Gumersindo iba devorando era trasladado a la dimensión mágica a través de su esófago, y así aquella dimensión que no tenía hasta entonces un fin concreto, pasó a convertirse en el gigantesco estómago mágico de Gumersindo. Cuando sólo quedaba un agonizante pequeño trocito de la albóndiga gigante asesina, mordido y lleno de babas, dijo:

-¡No me comas, por favor! Si me perdonas la vida, seré tu sirviente para siempre.

Gumersindo se lo pensó un momento y dijo:

-Está bien, joven amigo, ¿cuál es tu nombre?

-Soy Krocket, la albóndiga mordida.

Y así Gumersindo y Krocket se hicieron amigos y partieron en busca de aventuras...

-¡Es la historia de terror más idiota que he oído jamás!

Se jactaba Miguel entre risas, mientras calentaba sus manos en la hoguera. Evaristo le respondió molesto.

-¡Pero es verdad! Mi padre me lo contó.

-¡Estaría borracho, como siempre!

Miguel y Juanjo estallaron en carcajadas.

-Eres un idiota. Atendedme los dos, ahora vais a ver lo que es una buena historia de miedo...

Cuando Miguel se preparaba para empezar su narración, algo cayó cerca de la hoguera.

-¿Qué mierda es esto?

Juanjo lo cogió y rápidamente lo tiró al suelo otra vez.

-Puajj. Está grasiento.

Evaristo lo cogió a su vez y lo observó de cerca durante unos segundos, dándole vueltas en su mano.

-Parece... Joder, tíos, es carne... ¡es un cacho de albóndiga! Un cacho mordido, pero no de una albóndiga normal, es un cacho de albóndiga gigante, ¡como Krokot! ¡Mirad!

El chico levantó orgulloso la mano sobre la que descansaba aquella cosa, y los otros dos muchachos la observaron de cerca, extrañados. Efectivamente, era un pedazo de carne picada que parecía arrancado de un trozo mucho más grande, y estaba cocinado y recubierto de un líquido viscoso.

Juanjo fue el primero en hablar.

-Mira tío, no se como lo has hecho para tirar aquí esa mierda sin que lo viéramos, pero si crees que nos vamos a acojonar por esto...

-¡Yo no he sido, de verdad!

Miguel le pegó una colleja.

-Eres tonto. Ya me has jodido el principio de la historia.

Juanjo acabó su cerveza y se levantó.

-Voy a mear anda.

Evaristo y Miguel llevaban ya al menos media hora esperando.

-Este tío se ha perdido. O igual le ha pasado algo.

-Espero que no estés intentando asustarme otra vez, ¿vas a tirar otra mierda de cacho de carne a la hoguera gilipollas?

En cuanto Miguel acabó de hablar algo cayó sobre el fuego, pero esta vez no fue un pedazo de albóndiga si no algo mucho más grande, que hizo a la hoguera crepitar violentamente y a los dos muchachos saltar hacia atrás. Era una pierna humana, todavía sangrando por la parte amputada. Los chicos gritaron con todas sus fuerzas, y entonces vieron a un hombre enorme surgir de la oscuridad, a pocos metros de su campamento. Ambos se quedaron petrificados al verlo. Llevaba un delantal manchado de sangre y en su mano derecha tenía cogida por los pelos la cabeza de Juanjo, que ahora estaba separada del resto de su cuerpo. Aquél siniestro ser introdujo dos dedos de su otra mano en una cuenca ocular de la cabeza y tras unos segundos de forcejeo sacó el desmejorado ojo.

-¡Lo blando es lo más rico!

Dijo, y a continuación se zampó la masa viscosa que sostenía en su mano.

Los dos chicos volvieron a chillar descontrolados y se levantaron de su sitio para escapar, pero Evaristo tuvo la mala suerte de tropezar con una piedra y caer al suelo con el tobillo torcido, quedando indefenso por el dolor y el pavor, inmóvil excepto por sus temblores.

Miguel, sin embargo, pudo incorporarse y echar a correr; aún así su carrera duró bien poco, ya que un cuchillo arrojado con certera puntería por el caníbal acertó en su muslo izquierdo, haciéndolo caer como su compañero.

-¡Dios, no, por favor! ¡Joder, no!

Gritaba Miguel mientras se sujetaba la herida y el hombre grande se dirigía directamente hacia él.

-¡Qué bien, carne fresca y joven! Tengo que darle las gracias a Krocket por traerme aquí. Entonces dejó la cabeza de Juanjo en el suelo y sacó de su cinto un enorme cuchillo. Miguel lloraba y también se había cagado en los pantalones.

-No. No, por favor. Mi padre tiene dinero...

-Creo que a los cerdos los empiezan a destripar desde aquí, más o menos...

La punta del cuchillo se posó sobre el pene de Miguel.

-¡Nooo...!

El hombre empujó el cuchillo con fuerza atravesando pene y testículo hasta clavarlo profundamente, mientras la voz del joven se tornaba en un alarido estridente que podría oírse a kilómetros. Aún así el asesino seguía hablando con calma, inaudible.

-¡Vaya! No era aquí exactamente.

A continuación fue empujando el cuchillo hacia la barriga con su enorme brazo, cortando piel, músculos, tendones y vísceras y haciendo manar la sangre profusamente, hasta que una buena parte de los intestinos de Miguel quedaron al descubierto. El caníbal se relamió mientras los miraba y cogió un puñado con sus manos para acercárselo a la boca. Fue tras ello cuando el agonizante chico murió finalmente, pero no antes de poder ver a aquél tipo enorme masticando sus tripas.

Evaristo temblaba y sudaba al borde de la inconsciencia cuando aquel salvaje criminal abandonaba a su última víctima y comenzaba a caminar hacia él. Casi delirando, le dirigió una pregunta.

-E... ¿Eres Gumersindo?

Mientras el ensangrentado gigante se acercaba silencioso, su rostro salió a la luz, mostrando para sorpresa del joven una sonrisa tranquilizadora y unos ojos que reflejaban amor, unos ojos muy familiares para él.

-¡Dios! Pa.. ¿Papá? ¡Papá! ¡Eres tú! ¡Dios! P... ¿Por qué?

El padre de Evaristo miró a su hijo con alegre complicidad. Su cara y sus dientes estaban teñidos de sangre.

-Bueno, te prometí que tus amigos se asustarían con la historia de Gumersindo, ¿no?

Pues creo que se ha asustado.

Tras unos segundos de asimilación, Evaristo, aún pálido y tirado en el suelo, sonrió.

-¡Joder papá, eres de lo que no hay!

Ambos rieron.